

acciones y la doctrina de Jesucristo con scholies, por los cuatro evangelistas comparados y terminados. Así lo ha hecho Steiberg con grande propiedad y profunda erudición, juntas á un discernimiento exquisito. Ojala que su obra trasladada á nuestra lengua, continúe á los ños en su sé y los preserve contra las sutilezas de esos filósofos temerarios, que procuran con infatigable ardor destruir hasta los últimos vestigios de la fé cristiana. Para no dejar al hombre mas que la desesperación. Este es el fruto que esperamos sacar de la publicación de la Historia de Jesucristo.

J. A. R.

HISTORIA

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y DE SU SIGLO.

LIBRO PRIMERO.

Desde el nacimiento de San Juan Bautista hasta el de Jesucristo.

CAPITULO PRIMERO.

GENERACION ETERNA DEL VERBO.

EN el principio era el Verbo (*), y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba al principio con Dios. Todas las cosas se hicieron por él, y sin él no se hizo nada de lo que se hizo, En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz luce en las

(*) El Verbo, esto es, la palabra interior de Dios, su sabiduría, la imagen perfecta, que conociéndose á sí, forma de sí mismo: este Verbo era ante todos tiempos: estaba con Dios de toda eternidad como en su principio, siendo Dios él mismo, é igual en todo á aquel, de quien procede. Y así, la palabra era, denota la eternidad del Verbo. SAN AGUSTIN. (Nota del Illmo. Scio al cap. 1.º de San Juan).

tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (*). Hubo un hombre enviado de Dios, que tenia por nombre Juan: éste vino en testimonio para que diese testimonio de la luz, para que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Era luz verdadera, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino entre los suyos propios, y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le recibieron, les dió la potestad de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varon, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne (**), y

(*) Esta luz eterna resplandece en medio de los hombres abismados en las tinieblas del error y del pecado. Primeramente los alumbró interiormente por la razón y la conciencia, que descubre á cada uno las obligaciones en que se halla. Se ve pintada, y se hace como sensible en las criaturas, para que viendo los hombres las obras de la sabiduría de Dios, se eleven al conocimiento del Criador. Mas los hombres ciegos por sus pasiones, no perciben ni conocen esta luz; á la manera que un ciego no ve la luz del sol, por mas brillante que envíe sus rayos hasta sus ojos. Puede tambien entenderse esto de la oscuridad y figuras de la ley y de los profetas, tocante á las promesas de la vida por Jesucristo, todo lo cual habia de ser disipado por la ley y resplandor del Evangelio. (Nota del Illmo. Scio al cap. 1.º de San Juan).

(**) Se hizo hombre: el Evangelista dice, que se hizo carne y no hombre: primeramente para distinguir mas claramente las dos naturalezas en Jesucristo: en segundo lugar, para mostrarnos la bondad y caridad inmensa de Dios que se dignó tomar la porcion mas vil y abatida que hay en el hombre; y últimamente, para proporcionar la medicina á la cualidad de la enfermedad. Se vistió de nuestra carne, para sanar por este medio aquella porcion del hombre que el pecado de Adán habia viciado y corrom-

habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. (San Juan, capítulo I, v. 1 á 14)."

Así se expresa el hombre sublime y digno de todo amor, á quien el Verbo del Eterno Padre habia honrado durante su vida mortal con el título de amigo y hermano: así habla "el discípulo á quien Jesus amaba. (San Juan, XIII, 23, XXI, 7 á 20)." Tal es la feliz nueva que anuncia á los hombres al principio de su Evangelio celestial, donde si yo no me engaño, y si me es lícito hablar así, suenan mas las palabras de la vida eterna, que en otra cualquier parte de las Santas Escrituras, y en donde con mas claridad se nos exponen y ofrecen los bienes de otra patria. Mas ¿quién soy yo para atreverme á tartamudear una palabra acerca de estas augustas expresiones? La serie de la Historia de la religion de Jesucristo nos ha conducido al umbral del santuario, á la Encarnacion del Hijo de Dios. Ante todas cosas, debemos detenernos para oír la relacion del nacimiento de su gran precursor. Estamos como colocados en un istmo estrecho del tiempo: á nuestra espalda braman las olas de los siglos pasados, que aguardaban con suma impaciencia á aquel cuyo nombre era pido. Se hizo carne, no mudando de ser, ni convirtiendo el Verbo en carne, sino tomando la naturaleza humana y uniéndola con la divina, de tal manera, que esta naturaleza humana subsiste en la persona del Verbo; de donde resulta que es una sola la persona del hombre Dios, permaneciendo entera y perfecta la esencia, y las propiedades de una y otra naturaleza. SANTO TOMAS. (Nota del Illmo. Scio al cap. 1.º de San Juan).

entonces un misterio. Delante de nosotros se abre otro Océano, la dichosa época de la nueva alianza. Impacientes estamos por embarcarnos: ya tenemos delante á Juan, que se habia reclinado en el seno de su divino Maestro en la última cena. (San Juan, XIII, 25). Su rostro no es de un mortal: brilla el fuego en sus ojos proféticos: en su frente está impresa la gravedad apostólica; y con todo está embriagado de delicias. Tal se hallaba en la playa de Patmos, cuando vió al cordero que estaba sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían su nombre y el nombre de su padre escrito en la frente; y oyó una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas y el ruido de un gran trueno, y la voz que oyó era como de unos músicos de cítara, que tocaban sus instrumentos, y cantaban como un cántico nuevo. (Apocalipsis, XIV, 1 á 3).” ¿Nos va á llevar al pesebre del niño, á Bethleem Efratá? ¿Nos mostrará al Hijo Eterno del Padre Eterno en los brazos de la muger bendita entre todas las mugeres, de la Virgen amable y pura, que tambien le fué dada á él por madre á la muerte de su divino Hijo? No, deja ese cuidado á otros evangelistas. Una meditacion mas elevada (no blasfemo) que la del niño mismo, cuyo nacimiento celebraron innumerables coros de ángeles, le arrebató y nos arrebató á nosotros con él. En este instante no piensa en el espacio, ni en el tiempo, ni en nada de lo que es finito, y lleno del Espíritu Santo se entra en los abismos de la eternidad, en las profundidades del

ser de los seres, él, hijo del polvo como nosotros, cuyas almas son un soplo de Dios como la suya.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.” El Verbo era de toda eternidad, era Dios y estaba con Dios. Este Verbo, el Verbo esencial, “la verdad y la vida (San Juan, XIV, 6),” la sabiduría del Padre, su pensamiento eterno era inseparable de Dios y era Dios. Era y es, segun el gran Bautista, el Hijo único que descansa en el seno del Padre. (San Juan, I, 18). “Es producido, dice uno de nuestros grandes doctores, por el Padre, porque es su Hijo: permanece en él, porque es su pensamiento que subsiste eternamente: Dios como él, porque el Verbo era Dios: Dios en Dios, Dios de Dios, engendrado por Dios, existente en Dios, como él Dios, segun San Pablo (Rom. IX, 5); superior á todas las cosas y bendito en todos los siglos. (*Elevaciones á Dios sobre los misterios*, por Bossuet).”

Las tradiciones mas respetables de los Padres de la Iglesia nos dicen, que el Hijo es engendrado porque el Padre se conoce á sí mismo; ¿y no está marcada esta imagen con el sello de la verdad eterna? El Espíritu Santo nos dice por boca del Apóstol, que “el Hijo es el esplendor de la magestad de Dios, y el carácter de su sustancia. (Heb. I, 3).” Y luego este mismo Espíritu llama tambien al Hijo la fuerza y la sabiduría de Dios. (I ad Corint. I, 24).

El Espíritu Santo, segun las tradiciones mas respetables

bles de los Santos Padres, procede del amor recíproco y eterno del Padre y del Hijo, cuyo vínculo es. A él se le atribuye nuestra santificación, es decir, la restauración de nuestro verdadero destino, que no es otra cosa que el amor de Dios mismo. El Espíritu Santo dice por boca del Apóstol: “El amor de Dios fué derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fué dado. (Ad Rom. V, 5).” Aquí nos vemos envueltos en una santa oscuridad, ó mas bien, nos deslumbra un foco de luz.

Nuestra vida es un soplo del que es, y nosotros somos inmortales porque salimos de él. El mismo nos ha manifestado de su esencia, lo que no hubiera penetrado jamas en el corazón de ningún hombre. Dudar de lo que nos ha revelado acerca de sí mismo, porque no podemos profundizarlo, sería tan irracional como temerario. Dios habia grabado en nosotros algunos signos característicos de su esencia. El pensamiento inmaterial del hombre nos hace obrar de un modo incomprensible. No sabemos lo que hacemos ni cómo lo hacemos, cuando trasformamos nuestros pensamientos en sonidos y se convierten en *palabras*. Y luego, ¡qué efectos maravillosos no produce el sonido inteligible, la palabra de un hombre en la muchedumbre, en un campo de batalla ó en el Océano!

¡Y todo pasa en nosotros que somos de ayer! ¿Podemos formarnos una idea menor que Dios, del pensamiento mas elevado con que Dios, *el que es*, el origen mismo

de la vida, contempla su ser desde toda eternidad? ¿Podemos esperar menos del amor con que el autor mismo de todo amor, el Padre y el Hijo, se aman recíprocamente desde la eternidad? Cuando el pensamiento del hombre, despues de hacerse perceptible, obra en lo exterior como palabra, no por eso abandona el alma del que le concibió y expresó. Por el Hijo, es decir, por el Verbo, fueron criadas todas las cosas. (Ad col. I, 16). El, el Hijo único, la fuerza y la sabiduría de Dios, no deja por eso de descansar en el seno del Padre desde toda eternidad.

Aun en la naturaleza inanimada hallamos indicios de este misterio. El Hijo es llamado el esplendor de la gloria de Dios (Heb. I, 3), y se dice de la sabiduría del Padre, que es el Hijo, que es un esplendor de la luz eterna. (Libro de la Sabiduría, VII, 27). Citando San Agustin estas palabras, hace la comparación de una lámpara, cuya luz, aunque producida por ella, no es posterior á ella. “Dadme, dice, una luz eterna, y yo os daré una eterna claridad. (San Agustin, serm. 113 de Verb. Evang. Joan. et serm. 117).”

¡Oh! ¡Cuán grande es la misericordia de nuestro Dios, que se digna comunicarnos ya en la tierra, una ráfaga de estas verdades de que nos veremos inundados en la eternidad! Allí estaremos expuestos á los rayos de este sol, cuya luz es esencialmente verdad, y cuyo calor es el amor mismo.

No solamente fueron criadas todas las cosas por el

Verbo, sino que subsisten por él. “Todas las cosas subsisten por él,” dice San Pablo, hablando del Hijo de Dios. (Colos. I, 17). “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres,” dice San Juan. Y en otro lugar: “El era la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. (San Juan, I, 4, v. 9).” Nos da la divina antorcha de la razon y las advertencias secretas de la conciencia, y si atendemos á éstas, seremos guiados á él por aquella. Todo cuanto poseemos, lo tenemos de él y en él, porque “en él tenemos la vida, el movimiento y el ser. (Actos de los apóstoles, XVII, 28).” Pero ¡ah! ¡Para cuántos cristianos es el Dios desconocido! (Ibid. v. 23). ¡A cuántos de los que han recibido el bautismo en su nombre, puede aplicarse lo que dice el Evangelista: “Vino á los suyos propios, y los suyos no le recibieron!” El orgullo y la sensualidad nos ciegan. “Vuestros crímenes, dice el Profeta, os han separado de Dios, y vuestros pecados os han cubierto su rostro. (Isaías, LIX, 2).” Su luz luce sin cesar: el Sol de Justicia no se pone; pero nosotros huimos de él. En cuanto renunciamos al orgullo y á la sensualidad, y abrimos los ojos á este Sol, luce para nosotros.

“Pero á cuántos le recibieron, les dió la potestad de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre. (San Juan, I, 12).” ¡A qué dignidad levanta á los hombres! Les da la potestad de hacerse hijos de Dios. Nosotros no podemos nada sin él; “pero lo podemos todo en

el que nos fortifica, Jesucristo (Ad philip. IV, 13),” y quiere darnos el derecho de hacernos hijos de Dios.

De estas sublimes revelaciones desciende el discípulo, á quien Jesus amaba, al recuerdo de los dichos años que pasó en la tierra con el Hijo de Dios hecho hombre. “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. (San Juan, I, 14).”

¿Quién es el hombre amante de Jesucristo, que no siente un vivo pesar, y no quisiera haber sido contemporáneo del Hijo de Dios en la tierra? ¿Qué son todas las delicias de la amistad y del amor mas puro é íntimo, que en tanto son legítimas, verdaderas y durables en cuanto se refieren á él, si las comparamos con las delicias que gustaron en la compañía del Hijo de Dios, aquellos que él habia santificado, y á quienes habia dado bastante fuerza para soportarlas?

Con todo, modereemos nuestro pesar, yo igamos lo que el Señor dijo á uno de sus apóstoles: “Tomás, tú has creído porque me has visto; ¡dichosos los que no vieron y creyeron. (San Juan, XXII, 29).” Y poco antes de volver á su Padre en la última noche de su vida mortal, dijo á los discípulos: “Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará, é iremos á él y haremos nuestra morada en él. (San Juan, XIV, 23).” “Así sea: venid, Señor Jesus. (Apoc. XXII, 20).”